

biéndonos fecho en esta vuestra casa tanto servicio é placer, en la fin fagáis tan gran deslealtad en nos tomar vuestras dueñas por fuerza. — Si así fuese, dijo él, mas placer habria, porque el enojo seria mayor; mas de su grado las tomé, porque andaban forzadas con sus enemigos. — Pues parezcan ellas, dijo Galaor, é verémos si es así como decís. — Facerlo he, dijo él, no por os dar placer, mas porque veais cuán aborrecidos dellas sois. — Entonces se puso Dinarda en el muro, é don Galaor le dijo: «Dinarda, mi señora, ese caballero dice que quedais aquí de vuestro grado; yo no lo puedo creer, según el gran amor que es entre nosotros.» Dinarda dijo: «Si yo os mostré amor, fué con sobrado miedo que tenia; pero sabiendo vos ser yo fija de Ardan Canileo, é vos hermano de Amadís, ¿cómo se podia hacer que os amase, especialmente en me querer llevar á Gaula en poder de mis enemigos? — Los, don Galaor, y si algo por vos fice, no me lo gradezcáis ni se os acuerde de mí sino como de enemiga. — Agora quedad, dijo Galaor, con la mala ventura que Dios os dé; que de tal raíz como Arcalaus no podia salir sino tal pimpollo.» Norandel, que muy sañudo estaba, dijo contra su amiga: «E vos ¿qué faréis? — La voluntad de mi señora, dijo ella. — Dios confunda su voluntad, dijo él, y la dese mal hombre, que así nos engañó. — Si yo soy malo, dijo Ambádes, aun no sois tales vosotros que me toviere por honrado de vencer tales dos hombres. — Si tú eres caballero, como te alabas, dijo Norandel, sal fuera y combátete conmigo, yo á pié y tú á caballo, é si me matas, cree que quitas un enemigo mortal de Arcalaus, é si te yo venciere danos las doncellas. — ¿Cómo eres necio! dijo Ambádes; á entrambos no tengo en nada; pues ¿qué faré á tí solo á pié, estando yo á caballo? Y en eso que dices de Arcalaus, mi señor, por tales veinte como tú ni como ese otro tu compañero no daría él una paja.» E tomando un arco turquí, les comenzó á tirar con flechas. Ellos se tiraron afuera y tornaron al camino que de antes iban, hablando cómo la maldad de Arcalaus alcanzaba á todos los de su linaje, é riendo mucho uno con otro de la respuesta de Dinarda y de su huésped, y de la gran saña de Norandel, y de cómo el huésped estando á salvo, en cuán poco la tenia. Así andovieron tres dias, albergando en poblados é á su placer; é al cuarto dia llegaron á una villa que era puerto de mar, que habia nombre Alfial, é hallaron dos barcas que pasaban á Gaula, y entrando en ellas, aportaron sin entrevale alguno donde era el rey Perion é Amadís é Florestan.

Así acació, que estando Amadís en Gaula aderezando para se partir á buscar las aventuras por emendar é cobrar el tiempo que en tanto menoscabo de su honra allí estuvo, continuando cada dia de cabalgar por la ribera de la mar, mirando la Gran Bretaña, que allí eran sus deseos y todo su bien, andando un dia él é don Florestan paseando, vieron venir las barcas, y fueron allá por saber nuevas, y llegando á la ribera, venian ya don Galaor y Norandel en un batel por salir en tierra. Amadís conoció á su hermano, é dijo: «¡Santa María! aquel es nuestro hermano don Galaor; él sea muy bien venido.» E dijo á don Florestan: «¿Conoceis vos el otro que con él viene? — Sí, dijo él; aquel es Norandel, hijo del

rey Lisuarte, compañero de don Galaor; é sabed que es muy buen caballero, é por tal en la batalla se mostró que con su padre hobimos en la insola de Mongaza; pero entonces no era conocido por su hijo fasta agora, cuando fué la gran batalla de los siete reyes, que al Rey plugo que se divulgase por la bondad que en sí tiene.» Mucho fué alegre Amadís con él por ser hermano de su señora, que sabia que lo ella amaba, según Durin gelo habia dicho. En esto llegaron los caballeros á la ribera é salieron en tierra, donde fallaron á Amadís é Florestan apeados, que los recibieron é abrazaron muchas veces; é dándoles palafrenes, se fueron al rey Perion, que queria cabalgar para los recibir; é cuando á él llegaron quisieronle besar las manos, mas el Rey no las dió á Norandel, antes lo abrazó é hizo mucha honra, é llevólos á la Reina, donde no recibieron menos. Amadís, como ya vos dije, tenia aderezado para partir de allí al cuarto dia, é un dia antes habló con el Rey é con sus hermanos, diciéndoles cómo le convenia partirse dellos, é que otro dia entraria en su camino. El Rey le dijo: «Mí hijo, Dios sabe la soledad que dello yo siento, pero ni por eso seré en vos estorbar, que vayais á ganar honra é prez, como siempre lo hecistes.» Don Galaor dijo: «Señor hermano, si no fuese por una demanda, de que con derecho no nos podemos partir, en que Norandel é yo somos metidos, facervos-hiamos compañía; pero conviene que la acabemos, ó pase primero un año é un dia, como es costumbre de la Gran Bretaña.» El Rey le dijo: «Hijo ¿qué demanda es esa? ¿puedese saber? — Sí, Señor, dijo él, que públicamente la prometimos, y es esta. Sabed, Señor, que en la batalla que hobimos con los siete reyes de las insolas fueron de la parte del rey Lisuarte tres caballeros con unas armas de sierpes de una manera, mas los yelmos eran diferentes, que el uno era blanco y el otro cárdeno y el otro dorado; estos hicieron maravillas en armas, tanto, que todos somos maravillados; en especial el que traia el yelmo dorado, que á la bondad deste no creo que ninguno se podria igualar. Ciertamente se cree que si por estos no fuera, que el rey Lisuarte no hoberia la victoria que hobo; é como la batalla fué vencida, partieron todos tres del campo tan encobiertos, que no podieron ser conocidos; é por lo que dellos se habla hemos prometido de los buscar é conocer.» El Rey dijo: «Aquí nos han dicho desos caballeros, é Dios vos dé dellos buenas nuevas.»

Así pasaron aquel dia hasta la noche, é Amadís apartó á su padre é á don Florestan, é dijole: «Señor, yo me quiero partir de mañana, é paréceme que despues de ido yo, se debe decir á don Galaor la verdad desto en que anda, porque su trabajo en vano seria; que si por nosotros no, por otro ninguno le puede saber, é mostradle las armas, que bien las conocerá. — Bien decís, dijo el Rey, é así se hará.» Esa noche estovieron con la Reina é su fija é con muchas dueñas é doncellas suyas folgando con gran placer; mas todas sentian gran soledad de Amadís, que se queria ir, é no sabian dónde. Pues despedido de todas ellas, se fueron á dormir, é otro dia oyeron todos misa, é salieron con Amadís, que iba armado en su caballo, é Gandalin y el Enano, sin otro alguno, que le hacian compañía, al cual dió la

Reina tanto haber, que por un año bastase á su señor. Don Florestan le rogó muy afincadamente que lo llevase consigo, mas no lo pudo con él acabar por dos cosas: la una por ser mas desembargado para pensar en su señora, é la otra porque las cosas de grandes afrentas por que él esperaba pasar, pasándolas solo, así solo la muerte ó la gloria alcanzase. E cuanto una legua andovieron, despidióse Amadís dellos, entrando en su camino, y el Rey é sus hijos se volvieron á la villa, donde habló aparte con don Galaor, su hijo, é con Norandel, é dijoles: «Vosotros sois metidos en una demanda, que si aquí no, en todo el mundo no fallaríades recaudo della; de lo cual dó gracias á Dios, que á esta parte os guió, por vos haber quitado de gran trabajo sin provecho. Agora sabed que los tres caballeros de las armas de las sierpes que demandais, somos yo é Amadís é don Florestan; é yo llevaba el yelmo blanco, é don Florestan el cárdeno, é Amadís el dorado, con que hizo las grandes extrañezas que vistes.» E contóle el concierto que para aquella ida tovieron, é cómo Urganda les enjic las armas. «E porque enteramente lo creais, tengais vuestra ventura por acabada, venid conmigo.» E llevándolos á otra cámara de las armas, les mostró las de las sierpes, por muchas partes de grandes golpes horadadas, las cuales fueron muy bien dellos conocidas, porque mucho en la batalla las miraron, algunas veces placiéndoles ser en su ayuda, y otras habiendo grande envidia de lo que sus señores facian con ellas. Don Galaor dijo: «Señor, mucha merced nos ha hecho Dios é vos en nos quitar deste afan, porque nuestro pensamiento era de con todas vuestras fuerzas buscar los caballeros de estas armas, é si no nos cayeran en parte que sin gran vergüenza no nos podiéramos de su enojo partir, de combatirnos con ellos fasta la muerte, é dar á entender á todos que aunque allí en lo general mas que todos hicieron, que en lo particular de otra manera se juzgara, ó morir sobrello. — Mejor lo ha fecho Dios, dijo el Rey, por su merced.» Norandel le demandó aquellas armas con afinamiento, mas con mucha mas gravedad por el Rey le fueron otorgadas. Entonces les contó el Rey cómo fueran metidos en la prision de Arcalaus, é por cuál aventura fueron della salidos. A Galaor le vinieron las lágrimas á los ojos, habiendo duelo de tan gran peligro, é contó lo que les aviniera á él é á Norandel con Arcalaus, é cómo llamándose Granfiles se les habia escapado, é todo lo que con Dinarda pasaron, é cómo se les quedó en el castillo, é lo que con Ambádes, el huésped, les conteció.

Así estovieron allí catorce dias folgando, y despedidos del Rey é la Reina, entraron en una barca, llevando consigo aquellas armas de las sierpes; con buen tiempo pasaron en la Gran Bretaña, y llegados á la villa donde el rey Lisuarte é la Reina eran, desarmándose en su posada, se fueron al palacio por mostrarle cómo su demanda habian acabado; é llevaron consigo las armas de las sierpes, é fueron bien recibidos del Rey y de todos los de la corte. Galaor dijo al Rey: «Señor, si os pluguiere mandarnos oír ante la Reina. — Sí,» dijo él. E fueron luego á su aposentamiento, é todos con ellos por ver lo que traian; la Reina hobó placer con su venida, y ellos le besaron las manos. Galaor dijo: «Se-

ñores, ya sabeis cómo Norandel é yo salimos de aquí con demanda de buscar los tres caballeros de las armas de las sierpes que en vuestra batalla é servicio fueron, y loado Dios, sin trabajo cumplido lo hemos, así como Norandel lo mostrará.» Entonces Norandel tomó en sus manos el yelmo blanco é dijo: «Señor, este yelmo ¿bien lo conoceis? — Sí, dijo él, que muchas veces lo vi donde yo verle deseaba. — Pues este traje en la cabeza el rey Perion, que mucho os ama.» E luego tomó el cárdeno é dijo: «Veis el que traje don Florestan.» E sacando el dorado, dijo: «Veis, Señor, este, que tanto en vuestro servicio hizo, cual ninguno otro facer pudiera, traje Amadís. Si yo digo verdad en ello ó no, vos sois el mejor testigo; que muchas veces entre ellos os fallastes, ellos gozando de la fama, é vos del vencimiento.» E contóles cómo vinieran el rey Perion é sus hijos encobiertos á la batalla, é por cuál razon despues se habian ido sin que los conociesen; é cómo fueran metidos en la prision de Arcalaus, é de cómo salieron quemando el castillo, é cómo lo fallaron en las andas él é don Galaor, é cómo se les escapara llamándose Granfiles, primo de don Grumedan; de lo cual mucho con él, que allí presente estaba, se reian, y él con ellos, diciendo que muy alegre era en haber fallado tal deudo, de que no sabia. El Rey preguntó mucho por el rey Perion, é Norandel le dijo: «Creed, Señor, que en el mundo no hay rey de tanta tierra como él tiene, que su igual sea. — Pues no se perderá nada, dijo don Grumedan, por sus hijos.» El Rey calló por no loar á Galaor, que estaba presente, ni á los otros, de que muy poco por entonces se pagaba; pero mandó poner las armas en el arco de cristal de su palacio, donde otras de hombres famosos eran puestas. Don Galaor é Norandel fablaron con Oriana é con Mabilia, é dijéronles las saludes y encomiendas de la reina Elisena y de su fija; é por ellas fueron con gran amor recibidas, como aquellas que las mucho amaban; é hobieron gran pesar en que les dijeron que Amadís se iba solo á tierras extrañas de diversos lenguajes á buscar las aventuras mas fuertes y peligrosas. Entonces se fueron á sus posadas, y el Rey quedó hablando con sus caballeros en muchas cosas.

CAPITULO VIII.

Aquí cuenta de Esplandian cómo estaba en compañía de Nasciano el ermitaño, é de cómo Amadís, su padre, se fué á buscar aventuras, mudado el nombre en el caballero de la Verde Espada, é de las grandes venturas que hobo.

Habiendo Esplandian cuatro años que naciera, Nasciano el ermitaño envió por él que gelo trujesen, y él vino bien criado de su tiempo; é viólo tan fermoso, que fué maravillado, é antiguándolo, lo llegó á sí, y el niño lo abrazaba como si lo conociera. Entonces hizo volver al ama, é quedando allí un hijo que de la leche criara á Esplandian; y entrambos estos niños andaban jugando cabe la ermita, de que el santo hombre era muy alegre, é daba gracias á Dios porque habia querido guardar tal criatura. Pues así acació, que siendo Esplandian cansado de folgar, echóse á dormir debajo de un árbol, é la leona que ya oistes que algunas veces venia al ermitaño, y él le daba de comer cuan-

do lo había, vió el niño, é fuése á él é andovo un poco al derredor oliéndolo, y despues echóse cabe él; y el otro niño fué llorando al hombre bueno, diciendo cómo un can grande quería comer á Esplandian. El hombre bueno salió é vió la leona, é fué allá; mas ella se vino á él falagándolo; é tomó el niño en sus brazos, que era ya despierto, é como vió la leona, dijo: «Padre, fermoso can es este; ¿es nuestro? — No, dijo el hombre bueno, sino de Dios, cuyas son todas las cosas. — Mucho querria, padre, que fuese nuestro.» El ermitaño hobo placer é díjole: «Fijo, ¿querisle dar de comer? — Sí, » dijo él. Entonces trajo una pierna de gamo que unos ballereros le dieran, y el niño dióla á la leona y llegóse á ella, é poníale las manos por las orejas é por la boca. É sabed que de allí adelante siempre la leona venia cada día é aguardábalo en tanto que fuera de la ermita andaba. É de que mas crecido fué, dióle el ermitaño un arco á su medida é otro á su sobrino; é con aquellos, despues de haber leido, tiraban, é la leona iba con ellos, é si herian algun ciervo, ella gelo tomaba; é algunas veces venian allí algunos ballereros amigos del ermitaño, é ibanse con Esplandian á cazar por amor de la leona, que les alcanzaba la caza, y de entonces aprendió Esplandian á cazar.

Así pasaba su tiempo debajo de la doctina de aquel santo hombre; é Amadís se partió de Gaula, como ya os contamos, con voluntad de facer tales cosas en armas, que aquellos que lo habían profazado y menoscabado su honra por la luenga estada que por mandado de su señora allí ficiera, quedasen por mentirosos; é con este pensamiento se metió por la tierra de Alemania, donde en poco tiempo fué muy conocido; que muchos é muchas venian á él con tuertos é agravios que les eran fechos, y les facia alcanzar su derecho, pasando grandes afrentas y peligros de su persona, combatiéndose en muchas partes con valientes caballeros, á las veces con uno, otras veces con dos y tres, así como el caso era. ¿Qué vos diré? Tanto fizo, que por toda Alemania era conocido por el mejor caballero que en toda aquella tierra entrara, é no le sabian otro nombre sino el caballero de la Verde Espada, ó del Enano, por el enano que consigo traía. Desta ida que él fizo en tanto pasaron cuatro años que nunca volvió á Gaula ni á la insola Firme, ni sopo de su señora Oriana; que esto le daba mayor tormento, é cuitaba tanto su corazón, que en comparación dello, todos los otros peligros é trabajos tenia por folganza; é si algun consuelo septia, no era sino saber cierto que su señora, siendo firme en su membranza dél, padescia otra semejante soledad. Pues así andovo por aquella tierra todo el verano; é viniendo el invierno, temiendo el frío, acordó de se ir al reino de Bohemia é pasarlo allí con un muy buen rey llamado Tafinor, que á la sazón reinaba, del cual grandes bienes y bondades oyera decir; el cual tenia guerra con el Patin, que era ya emperador de Roma, á quien él mucho desamaba por lo de Oriana, su señora, que ya oistes; é fuése luego para allá, é acació que llegando á un río, de la otra parte vió andar mucha gente, é lanzaron un girifalte á una garza, é vinola á matar á la parte donde el caballero de la

Verde Espada estaba; y él se apeó así armado como andaba, é dió muchas voces á los de la otra parte si lo cebaria. Ellos dijeron que sí. Entonces le dió allí de comer aquello que vió que era menester, como aquel que muchas veces lo había fecho. El río era bien fondo, é no podían allá pasar, é sabed que era allí el rey Tafinor de Bohemia; é como vió al caballero, y el Enano con él, preguntó si lo conocia alguno de aquellos, é no hobo quien lo conociese. «¿Si será, dijo el Rey, por ventura un caballero que ha andado por tierra de Alemania, que ha fecho maravillas en armas, de que todos por milagro hablan dél, é dicenle el caballero de la Verde Espada y el caballero del Enano? dígolo por aquel enano que consigo trae.» Había allí un caballero que decían Sadian, y era caudillo de los que al Rey aguardaban, é dijo: «Cierto, este es, que la espada verde trae ceñida.» El Rey se dió priesa en llegar á un paso del río, porque el de la Verde Espada venia ya con el girifalte en su mano, y como á él llegó díjole: «Mi buen amigo, vos seais muy bien venido á esta mi tierra. — ¿Seis vos el Rey? — Sí soy, dijo él, cuanto á Dios ploguiere.» Entonces llegó con mucho acatamiento por le besar las manos, é dijo: «Señor, perdonadme, aunque no os erré; que no os conocia. Yo vengo por os ver y servir; que me dijeron que teniades guerra con tal hombre y tan poderoso, que habréis bien menester el servicio de los vuestros é aun de los extraños; é como quiera que yo sea uno dellos, en tanto que con vos fuere, por vasallo natural me podeis contar. — Caballero de la Verde Espada, mi amigo, como os gradezco esta venida y lo que me decis, aquel mi corazón, que con ello ha doblado el esfuerzo, lo sabe; é agora acójámonos á la villa.» Así se fué el Rey hablando con él; y de todos era loado de hermosura, y de parecer mejor armado que otro ninguno que visto hobiesen.

Llegados al palacio, mandó el Rey que allí le aposentasen; y desde fué desarmado en una rica cámara, vistióse unos paños lozanos y hermosos que el Enano le traía, é fuése donde el Rey estaba con tal presencia, que daba testimonio de ser creidas las grandes proezas que dél se decían; é allí comió con el Rey, servido como á mesa de tan buen hombre. É alzados los manteles, estando todos asosegados, el Rey dijo: «Caballero de la Verde Espada, mi amigo, las vuestras grandes nuevas é honrada presencia me convida á os demandar ayuda, aunque hasta agora no os lo merezca; pero placera á Dios que en algun tiempo será galardonado. Sabed, mi buen amigo, que yo he guerra, contra mi voluntad, con el mas poderoso hombre de los cristianos, que es el Patin, emperador de Roma, que así con su gran poder como con su gran soberbia querria que este reino, que Dios libre me dió, le fuese sujeto é tributario; pero yo fasta agora, con la fianza é fuerza de mis vasallos é amigos, he gelo defendido reciamente, é defenderé cuanto la vida me durare; pero, como es cosa de gran trabajo y peligro defenderse mucho tiempo los pocos á los muchos, tengo siempre atormentado mi corazón en buscar el remedio, pues esto no es, despues de Dios, sino la bondad y esfuerzo que hay de los unos hombres á los otros; é porque Dios os ha hecho tan extremado en el mundo en bondad y fortaleza,

tengo yo mucha esperanza en el vuestro gran esfuerzo, que, como siempre procura prez y honra, la querria ganar con los menos. Así que, buen amigo, ayudad á defender este reino, que siempre á vuestra voluntad será.» El caballero de la Verde Espada le dijo: «Señor, yo os serviré, é como mis obras viédes, así juzgad mi bondad.» Así como ois quedó el caballero de la Verde Espada en casa del rey Tafinor de Bohemia, donde mucha honra le facian, y en su compañía, por mandado del Rey, un fijo suyo, que Grasandor se llamaba, é un conde, primo del rey, llamado Galtines, porque mas acompañado é honrado estoviese. Pues así ayino, que un día cabalgaba el Rey por el campo con muchos hombres buenos, é iba hablando con su fijo Grasandor é con el caballero de la Verde Espada en el hecho de su guerra, que la tregua salía en esos cinco dias, é así yendo en su fabla, vieron venir por el campo doce caballeros, é las armas traían liadas en palafrenes, é los yelmos y escudos é lanzas sus escuderos. El Rey conoció entre ellos el escudo de don Garadan, que era primo hermano del emperador Patin, y era el maspreciado caballero de todo el señorío de Roma; y éste hacia la guerra á este rey de Bohemia, é dijo contra el caballero de la Verde Espada, suspirando: «¿Ay qué de enojo me ha fecho aquel cuyo es aquel escudo! «E mostrégo, y el escudo había el campo cárdeno é dos águilas de oro tamañas como en él cabían. El caballero de la Verde Espada le dijo: «Señor, cuanto mas soberbias y demasías de vuestro enemigo recibierdes, entonces tened mas fiucia en la venganza que Dios os dará; y, Señor, pues que así vienen á vuestra tierra á se poner en vuestra mesura, honradlos é habladlos bien; pero pleitesia no la fagais sino á vuestra honra é provecho.» El Rey lo abrazó é le dijo: «A Dios ploguiere por su merced que siempre fuésedes conmigo, y de lo mio ficiédes á vuestra voluntad. Y llegaron á los caballeros; é Garadan é sus compañeros fueron ante el Rey, y él los recibió de mejor palabra que de corazón, é díjoles que se entrasen á la villa y les faria toda honra. Don Garadan dijo: «Yo vengo á dos cosas que antes sabréis, en que no habréis menester consejo sino de vuestro corazón, y respondednos luego, porque no nos podemos detener; que la tregua sale muy cedo.»

Entonces le dió una carta de creencia, que era del Emperador, en que decia que él hacia cierto y estable sobre su fe todo lo que don Garadan con él asentase. «Paréceme, dijo el Rey despues de la haber leído, que no se hace poca fianza de vos, é agora decid lo que os mandaron. — Rey, dijo don Garadan, como quiera que el Emperador sea de mas alto linaje y señorío que vos, porque tiene mucho en otras cosas que entender, quiere dar cabo en vuestra guerra de dos guisas: la una cual mas vos agradare; la primera, si quisierdes haber batalla con Salustanquidio, su primo, príncipe de Calabria, de ciento por ciento hasta mil; é la segunda, de doce por doce caballeros conmigo é con estos que yo traigo; que él lo fará á condicion que si vos vencierdes seais quito dél para siempre, é si vencido, que quedéis por su vasallo; así como en las historias de Roma se falla que este reino lo fué en los tiempos pasados de aquel imperio. Agora tomad lo que vos agradare; que

si lo rehusais, el Emperador os hace saber que, dejando todas las otras cosas, verná sobre vos en persona, é no partirá de aquí fasta os destruir. — Don Garadan, dijo el caballero de la Verde Espada, asaz habeis dicho de soberbias, así de parte del Emperador como de la vuestra, pues Dios muchas veces las quebranta con poca de su piedad, y el Rey os dará la respuesta que le ploguiere; pero quiero preguntar tanto: si él tomase cualquiera de esas batallas, ¿cómo seria seguro que se le guardaria lo que decis?» Don Garadan le miró, é maravillóse cómo respondiera sin mirar á lo que el Rey diria, é díjole: «Don caballero, yo no sé quién sois, mas en vuestro lenguaje pareceis de tierra extraña, é dígoos que os tengo por hombre de poco recaudo en responder sin que el Rey lo mandase; pero si él ha por bien lo que decis, é otorga lo que le yo pido, mostraré eso que vos preguntais. — Don Garadan, dijo el Rey, yo doy por dicho é otorgo todo lo que el caballero de la Verde Espada dijere.» Cuando Garadan oyó hablar de hombre de tan alto fecho de armas, mudósele el corazón en dos guisas: la una, pesarle porque tal caballero fuese de la parte del Rey; é la otra, placerle por se combatir con él; que, según él en sí sentia, pensaba vencerle ó matarle, é ganar toda aquella honra é gloria que él había ganado por Alemania é por las tierras donde no se fablaba de ninguna bondad de caballero, sino de la dél, é dijo: «Pues ya os otorga el Rey su voluntad, agora decid si querrá alguna destas batallas.» El caballero de la Verde Espada le dijo: «Eso el Rey lo dirá como le mas ploguiere; pero dígoos que en cualquier dellas que escogiere le serviré yo si me hí meter querrá, é así lo haré en la guerra en tanto que en su casa morare.» El Rey le echó el brazo al cuello é dijo: «Mi buen amigo, en tanto esfuerzo me han puesto estas vuestras palabras, que no dudaré de tomar cualquier partido de los que se me ofrecen; é ruégoos mucho que escoljais por mí lo que dello mejor os parecerá. — Cierto, Señor, eso no faré yo, » dijo él, antes con vuestros hombres buenos os consejad sobre ello, é tomad lo que mejor fuere, é á mí mandadme en qué os sirva; que de otra guisa con mucha razon serian quejosos de mí, si yo tomaba á cargo aquello que en mi discrecion no cabia; pero todavía, Señor, digo que debéis ver el recaudo que don Garadan trae, para lo facer firme.» Cuando don Garadan esto oyó dijo: «Como quier que vos, don caballero, por vuestras razones mostrais en alargar la guerra, yo quiero mostrar lo que pedis por atajar vuestras dilaciones.» El caballero del Enano le respondió: «No os maravilleis, don Garadan, deso, porque mas sabrosa cosa es la paz que entrar en las batallas peligrosas; pero la vergüenza trae é acarrea lo contrario, é agora despreciaisme, que me no conoceis; mas tanto que el Rey os dé la respuesta, yo fio en Dios que de otra guisa me juzgaréis.»

Estonces don Garadan, llamando á un escudero que traía una arqueta, sacó della una carta en que andaban treinta sellos colgados de cuerdas de seda, é todos eran de plata, sino el que en medio andaba, que era de oro y del Emperador, é los otros de los grandes señores del imperio, é dióla al Rey, y él se apartó con sus hombres buenos, y leyéndola, falló ser cierto lo que Garadan

decía, y que sin duda podía tomar cualquiera de las batallas, y demandóles que le aconsejasen. Pues hablando en ello, hubo algunos que tenían por mejor la batalla de los ciento por ciento, é otros la de los doce por doce, diciendo que en menor cantidad el Rey podría mejor escoger en sus caballeros; é otros decían que sería mejor mantener la guerra como fasta allí, é no poner su reino en aventura de una batalla. Así que, los votos eran muy diversos. Estonces el conde Galtines dijo: «Señor, remitios al parecer del caballero de la Verde Espada, que por ventura habrá visto muchas cosas, é tiene gran deseo de os servir.» El Rey é todos se otorgaron en esto; é ficiéronle llamar, que él y Grasandor fablaban con don Garadan, y el caballero de la Verde Espada lo miraba mucho, é como le veía tan valiente de cuerpo, y que por razón debía haber en sí gran fuerza, algo le hacia dudar su batalla, mas, por otra parte, veíale decir tantas palabras vanas é soberbias, que le ponían en esperanza que Dios le daría logar á que la soberbia le quebrantase, é como oyó el mandado del Rey, fué allí, y el Rey le dijo: «Caballero del Enano, mi gran amigo, mucho os ruego que os no excuseis de dar aquí vuestro consejo sobre lo que hemos hablado.» Estonces le contaron en las diferencias que estaban. Oído todo por él, dijo: «Señor, muy grave es la determinación de tan gran cosa, porque la salida está en las manos de Dios, y no en el juicio de los hombres; pero, cómo quiera que sea, hablando en lo que yo, si el caso mio fuese, haría, digo, Señor, que si yo toviese un castillo solo é cien caballeros, é otro mi enemigo, teniendo diez castillos é mill caballeros me lo quisiese tomar, é Dios guiase por alguna vía que esto se partiese por una batalla de iguales partes de gente, haría cuenta que era gran merced que me facia, é por esto que yo digo, vosotros, caballeros, no dejéis de aconsejar al Rey lo que mas su servicio sea; que de cualquier guisa que lo determinádes, tengo de poner mi persona en ello.» É quiso ir; mas el Rey lo tomó por la punta del manto, é fizolo sentar cabe sí, é díjole: «Mi buen amigo, todos nos otorgamos en vuestro parecer, é quiero la batalla de los doce caballeros; é Dios, que sabe la fuerza que se me hace, me ayudará, así como lo hizo al Rey Perion de Gaula no há mucho tiempo, que teniéndole entrada su tierra el rey Abies de Irlanda con gran poder, y estando en punto de la perder, fué remediado todo por una batalla que un caballero solo hobó con el mesmo rey Abies, que era á la sazón uno de los mas valientes é bravos caballeros del mundo, y el otro tan mancebo, que no llegaba á diez é ocho años; en la qual el Rey de Irlanda murió, é fué el rey Perion restituido en todo su reino, y dende á pocos dias, por una aventura maravillosa, le conoció por su hijo, y estonces se llamaba el Doncel del Mar, y dende allí se llamó Amadís de Gaula, aquel que por todo el mundo es nombrado por el mas esforzado é valiente que se halla fasta agora; no sé si lo conocéis.— Nunca le vi, dijo el caballero de la Verde Espada; pero yo moré algun tiempo en aquellas partes, é oí mucho decir dese Amadís de Gaula, é conozco á dos hermanos suyos, que no son peores caballeros que él.» El Rey le dijo: «Pues teniendo fiducia en Dios, como aquel rey

Perion la tuvo, yo acuerdo de tomar la batalla de los doce caballeros.—En el nombre de Dios, dijo el caballero de la Verde Espada; ese me parece á mí el mejor acuerdo, porque, aunque el Emperador sea mayor que vos y tenga mas gente, para doce caballeros, tan buenos se fallarán en vuestra casa como en la suya, é si podiédes hacer con Garadan que aun fuese de menos, por bien lo ternia yo, fasta venir de uno por uno, é si él quisiese ser, yo seré el otro; que fio en Dios, segun vuestra gran justicia é su demasiada soberbia, que os daré venganza dél, é partiré la guerra que con su señor teneis.» El Rey gelo gradeció mucho, é fuéronse para donde Garadan estaba, quejándose porque tardaban tanto en le responder. É como llegaron á él, dijo el Rey: «Don Garadan, no sé si será vuestro placer, pero otórgome en tomar la batalla de los doce caballeros, y sea luego de mañana.—Así Dios me salve, dijo Garadan, vos habeis respondido á mi voluntad, é mucho soy ledo de tal respuesta.» El de la Verde Espada dijo: «Muchas veces son los hombres alegres con el comienzo, que la fin les sale de otra guisa.»

Garadan se cató de mal semblante, é díjole: «Vos, don caballero, en cada pleito quereis hablar; bien pareceis extraño, pues tan extraña é corta es vuestra discreción; é si sopiese que fuédes uno de los doce, darosli-a yo estas luas.» El de la Verde Espada las tomó, é dijo: «Yo os fago cierto que seré en la batalla; é así como agora aquí tomo estas luas de vos, así en ella entiendo tomar y levar vuestra cabeza, que vuestra gran soberbia y desmesura me la ofrecen.» Cuando le oyó esto Garadan fué tan sañudo, que tornó como fuera de seso é dijo á una voz alta: «Ay de mí sin ventura! fuese ya mañana y estuviésemos en la batalla, porque todos viesen, don caballero del Enano, cómo vuestra locura castigada sería!» El de la Verde Espada le dijo: «Si de aquí á mañana por luengo plazo teneis, aun el dia es grande, en que el que hobiere ventura podrá matar al otro, é armémonos si vos quisierdes, é comencemos la batalla por tal pleito, que el que vivo quedare pueda ayudar mañana á sus compañeros. Don Garadan dijo: «Cierto, don caballero, si como lo habeis dicho lo osais facer, agora os perdono lo que contra mí dijistes.» É comenzó á pedir sus armas á gran priesa. El caballero del Enano mandó á Gandalin que le trajese las suyas, é así lo hizo. É á don Garadan armaron sus compañeros, é al de la Verde Espada el Rey é su hijo, é tiráronse afuera, dejándolo en el campo donde se habian de combatir. Don Garadan cabalgó en un caballo muy hermoso é grande, é arremetiolo por el campo muy recio, é volviéndose á sus compañeros, les dijo: «Tened buena esperanza que desta vez quedará este rey sujeto al Emperador, é vosotros sin ferir golpe con mucha honra; esto os digo porque toda la esperanza de vuestros contrarios está en este caballero, el cual, si esperarme osa, venceré luego, y este muerto, no osarán mañana entrar en campo conmigo ni con vosotros.» El caballero de la Verde Espada le dijo: «¿Qué faces, Garadan? ¿Por qué pones tan poco cuidado, que dejas pasar el dia en alabanzas? Pues cerca está de parecer quién será cada uno; que las lisonjas no han de hacer el hecho.» É poniendo las espuelas á su caballo, fué para él, y el

otro vino contra él, é firiéronse con las lanzas en los escudos, que aunque muy fuertes eran, fueron falsados, tan grandes se dieron los golpes, é las lanzas quebradas; mas juntáronse uno con otro de los escudos é de los yelmos tan bravamente, que el caballo del de la Verde Espada se retrajo desacordado atrás, pero no cayó, é Garadan salió de la silla é dió tan fuerte caída en el suelo, que fué cuasi salido de su memoria; y el de la Verde Espada, que lo vió revolver por el campo por se levantar é no podía, quiso ir á él; mas el caballo no pudo moverse, tanto era cansado, y él era ferido en el brazo siniestro de la lanza, que el escudo le habia pasado, é apeóse luego, como aquel que con gran saña estaba; é poniendo mano á la su ardiente espada, fué contra Garadan, que estaba asaz mal trecho, pero mas acordado, que tenia ya la espada en su mano esgrimiéndola, é bien cobierto de su escudo, mas no tan bravo como ante; é fuéronse ferir tan bravamente é de tan notables golpes, que mucho se maravillaban los que lo veían; mas, el de la Verde Espada, como le tomó mal parado, de la caída, y él estaba con gran saña, cargóle de tantos golpes y tan pesados, que no le pudiendo el otro sufrir, tiróse ya cuanto afuera é dijo: «Cierto, caballero de la Verde Espada, agora os conozco mas que ante, y mas que ante os desamo; é como quiera que mucha de vuestra bondad me sea manifiesta, ni por eso la mia no es en tal disposición que sepades determinar cuál de nosotros será vencedor, é si os parece que debemos alguna pieza folgar; si no, venid á la batalla.» El de la Verde Espada le dijo: «Cierto, don Garadan, el folgar mucho mejor partido me sería á mí que de combatirme, lo que á vos, segun vuestra gran bondad é alta proeza de armas, sería al contrario, segun las palabras hoy habeis dicho; é porque tan buen hombre como vos no quede envergonzado, no quiero dejar la batalla fasta que haya fin.» A don Garadan pesó mucho, que se veía muy mal trecho, é las armas é la carne cortada por muchos logares, de que le salía mucha sangre, é fallábase muy quebrantado de la caída.

Estonces le vino á la memoria la soberbia suya, especialmente contra aquel que delante de sí tenia. Pero mostrando buen esfuerzo, trabajó de llegar al cabo de la mala ventura, haciendo todo su poder, é luego se acometieron como de primero; mas no tardó mucho que el caballero del Enano lo traía á toda su guisa é voluntad, de manera que todos los que allí estaban veían que aunque dos tanto bueno fuese no le ternia pro, segun su esfuerzo; é andando ambos á dos así revueltos, cayó Garadan sin sentido en el campo, mal trecho de un gran golpe que el caballero del Enano le diera encima del yelmo, que apenas la espada dél podía sacar, é fué luego sobre él con esfuerzo, é quitándole el yelmo de la cabeza, vió que de aquel golpe gela fendiera tanto, que los meollos eran esparcidos por ella; de lo cual le plugó mucho por el pesar del Emperador é por el placer del Rey, que él deseaba servir; é alimpiando su espada, é poniéndola en la vaina, fincó los hinojos é dió gracias á Dios porque aquella honra y merced le ficiera. El Rey, como así lo vió, descendió del palafren, é con otros dos caballeros se

puso cabe el de la Verde Espada é vióle las manos tintas en sangre, así de la suya como de la de su contrario é díjole: «Mi buen amigo, ¿cómo os sentis?—Muy bien, dijo él, merced á Dios, que aun yo seré de mañana con mis compañeros en la batalla.» É luego le hizo calgar y leváronlo á la villa con muy gran honra, donde fué en su cámara desarmado é curado de sus heridas. Los caballeros romanos levaron á Garadan así muerto á las tiendas, é allí ficieron gran duelo sobre él, que lo mucho amaban, é fallábanlo mengua en la batalla que otro dia esperaban, tanto, que mucho les hacia dudar, creyendo que faltando él, y quedando en contra el caballero de la Verde Espada, que no eran para ninguna guisa la sostener; é hablando en lo que farían, fallaban dos cosas muy graves: la primera, esta que ois de ser muerto aquel valiente compañero styo y quedar su enemigo en guisa de se poder combatir; la otra, que si la batalla dejasen, el Emperador quedaba deshonorado, y ellos en aventura de muerte; pero acogiéronse á no facer la batalla y excusarse delante el Emperador con las soberbias de Garadan, é cómo contra la voluntad dellos habia tomado la batalla, en que muriera. Todos los mas eran en este voto, é los otros callaban. Era allí entre ellos un caballero mancebo de alto linaje, Arquisil llamado, así como aquel que venia de la sangre derecha de los emperadores, é tan cerca, que si el Patin moriese sin fijo, este heredaba todo el señorío, é por esa causa era desamado dél é lo traía alongado de sí. Como vió el mal acuerdo de sus compañeros, é fasta allí, por ser en tan poca edad, que no pasaba de veinte años, no habia osado hablar, díjoles: «Ciertamente, señores, yo soy maravillado de caer tan buenos hombres como vos en tan gran yerro, que si alguno hoy lo consejase, lo debriades tener por enemigo, é no tomarlo de vuestra voluntad; que si la muerte dudais, muy mayor es la que vuestra flaqueza y desventura vos acarrea; ¿qué es lo que dudais é temeis? ¿Es gran diferencia de once á diez? Si lo faceis por la muerte de don Garadan, antes os debe placer que hombre tan soberbio, tan desconcertado sea fuera de nuestra compañía, porque de su culpa nos pudiera redundar á nosotros la pena; pues si es por aquel caballero que tanto temeis, aquel yo lo tomo á mi cargo; que yo os prometo de nunca fasta la muerte dél me partir. Pues aquel ocupado alguna pieza de tiempo, mirad la diferencia que queda entre vosotros é los contrarios; así que, mis señores, no deis causa de tan gran temor á vuestros ánimos, pues que de vuestro propósito se nos seguirá muerte perpétua deshonorada.»

Tanta fuerza tovieron estas palabras deste Arquisil, que el propósito de sus compañeros fué mudado, é dándole muchas gracias é loando su consejo, se determinaron con gran esfuerzo á tomar la batalla. El caballero de la Verde Espada, despues que fué curado de sus llagas y le dieron de comer, dijo al Rey: «Señor, bien será que fagais saber á los caballeros que han de ser mañana en la batalla, porque se aderecen y sean aquí al alba del dia á oír misa en vuestra capilla, porque salgamos juntos al campo.—Así se fará, dijo el Rey; que mi hijo Grasandor será el uno, é los otros

serán tales, que, con ayuda de Dios é vuestra, ganaremos la vitoria. — No plega á Dios, dijo él, que en tanto que yo armas pueda tener vos ni vuestro fijo las vistais, pues que los otros serán tales que á él é aun á mí podrán excusar. » Grasandor le dijo: « Señor caballero de la Verde Espada, no seré yo excusado donde vuestra persona se pusiere, así en esta batalla, como en todas las otras que en mi presencia se ficiessen; é si yo fuese tan digno que de tal caballero como vos me fuese un don otorgado, desde agora os demandaria que en vuestra compañía me trajésedes; así que, por ninguna guisa yo dejaré de ser mañana en esta afrenta, siquiera por aprender algo de vuestras grandes maravillas. » El de la Verde Espada se le homilló, por la honra que le daba, con gran acatamiento, como lo él merecía, é díjole: « Mi señor, pues que así os place, así sea con la ayuda de Dios. » El Rey dijo: « Mi buen amigo, vuestras armas son tales paradas, que no tienen en sí defensa alguna, é yo os quiero dar unas que se nunca vistieron, que entiendo que os agradarán, é un caballo que, aunque otros muchos habréis visto, no será ninguno mejor. » E luego gelo fizo allí traer enfrenado y ensillado de muy rica guarnición. Cuando él lo vió tan hermoso é tan guarnido sospiró, cuidando que si él estuviese en tal parte que lo pudiese enviar al su leal amigo Angriote de Estravaus, que lo ficiera, que en aquel sería bien empleado; las armas eran muy ricas é habían el campo de oro é leones cárdenos, é las sobreseñales de aquella guisa; pero la espada era la mejor que él nunca vió, fueras de la del rey Lisuarte y de la suya; y desde la hobo mirado, dióla á Grasandor, con que entrase en la batalla.

Otro dia bien de mañana oyeron misa con el Rey, é armáronse todos, y besándole las manos, cabalgaron en sus caballos, é muchos caballeros con ellos, é fueron al campo, donde había de ser la batalla, é vieron cómo los romanos salían ya armados, é cabalgaron ya, tañendo sus hombres muchas trompas con grande alegría por los esforzar; é Arquisil entre ellos en un caballo blanco é las armas verdes, é dijo á sus compañeros: « Miémbreseos lo que fablamos; que yo terné lo que prometí. » Estonces fueron unos contra otros, é Arquisil vió venir delante al caballero de la Verde Espada, é fué contra él, y encontráronse con las lanzas, que luego fueron quebradas, é Arquisil salió de la silla á las ancas del caballo; mas de tanto le avino, que echó mano de los arzones, é como era valiente é ligero, tornóla á cobrar. El de la Verde Espada pasó por él, é con un pedazo de la lanza que le quedara encontró al primero que ante sí falló en el yelmo, é sacólo de la cabeza é hobiéralo derribado; mas á él le encontraron dos caballeros, el uno en el escudo, y el otro en la pierna, que pasando por la falda de la loriga la cuchilla de la lanza, le fizo una herida, de que mucho se sintió é le fizo ensañar mas que ante lo estaba, é poniendo mano á la espada, firió á un caballero, y el golpe fué en soslayo, y descendió al cuello del caballo é cortólo todo; así que, fué al suelo é cayó sobre la pierna de su señor y quebróla. Arquisil, que ya se enderezaba en la silla, apretó recio la espada y fué á ferir al caballero del Enano de toda su fuerza por cima

del yelmo, que las llamas salieron dél y de la espada, é fizole bajar la cabeza ya cuanto; mas no tardó mucho de levar el galardón, que él le firió por cima del hombro, y cortóle las armas é la carne, de manera que Arquisil cuidó que el brazo había perdido. El de la Verde Espada, como así lo vió, pasó por él, y fué herir en los otros, que Grasandor, é los suyos los tenían mal trechos; mas Arquisil lo siguió, y heriale por todas partes; pero no con tanta fuerza como al comienzo. El de la Verde Espada volvia á él y feriale, pero luego iba á dar en los otros, é no había gana de le ferir, porque lo tenía en mas que á todos los de su parte, que le viera adelantarse de los suyos por encontrarse con él; mas Arquisil no curaba de golpes que le diesen, antes se metía entre todos y feria al caballero de la Verde Espada como mejor podía; é á esta hora ya los de su parte eran destrozados, dellos muertos é otros heridos, é los otros rendidos, que no se defendían; é como el de la Verde Espada vió que Arquisil le seguía, sin temer sus golpes, dijo: « ¿No hay quien me defienda de este caballero? » Grasandor, que lo oyó, fué con otros dos caballeros, y encontráronle todos juntos, é como le tomaron laso é cansado, sacáronle por fuerza de la silla, é dieron con él en el suelo, é luego fueron con él para lo matar, mas el caballero del Enano le socorrió é dijo: « Señores, pues que deste yo he recebido mas mal que todos, á mí lo dejad para tomar la emienda. » Luego se quitaron todos afuera, y él llegó é dijo: « Caballero, sed preso, é no queráis morir á manos de quien mucha gana no tiene. » Arquisil, que ya otra cosa sino la muerte no esperaba, fué muy alegre, é dijo: « Señor, pues que mi ventura quiso que mas no pudiese hacer, yo me doy por vuestro preso, é gradézcovos la vida que me dais. » Y él tomóle la espada, é diógela luego, faciéndole fianza que faría lo que él mandase, y descendió de su caballo y estuvo con él, y faciéndole cabalgar en un caballo que le mandó traer, y él cabalgando en el suyo, se fueron al Rey; que con gran gozo de ver su peligrosa guerra acabada los atendía; é tomándolos consigo, se fué á su palacio é puso en su cámara al caballero de la Verde Espada, y él hizo estar allí consigo á su preso por le hacer mucha honra, porque él lo merecía, que era buen caballero y de alta sangre, como ya oistes; pero él le dijo: « Señor caballero de la Verde Espada, ruégovos por vuestra mesura que quedando yo por vuestro preso para os acudir cuando vos me llamádes y tener prision donde por vos me fuere señalada, me deis licencia para ir á reparar mis compañeros, aquellos que vivos quedaron, é facer llevar los muertos. » El caballero de la Verde Espada dijo: « Yo os lo otorgo, é miémbreseos de la fianza que me faceis. » E abrazándolo, lo despidió, y él se fué á sus compañeros, que los falló cual entender podeis, é luego dieron orden como llevasen á Garadan é los otros muertos, y entraron en su camino; así que, agora no se fablará mas deste caballero fasta su tiempo, que se contará á qué pujó su gran valor.

El de la Verde Espada estuvo allí con el rey Tafinor fasta que fué sano de sus feridas; é como vió la guerra del Rey acabada, pensó que las cuitas é los mortales deseos que su señora Oriana le causaba, de los cuales

en aquella sazón muy afinado era, que mejor los pasaría caminando y en fatiga que en aquel gran vicio y descanso en que estaba; é fabló con el Rey, diciéndole: « Señor, pues que ya vuestra guerra es acabada, y el tiempo en que mi ventura asegar no me deja es venido, conviene que negando mi voluntad, la suya siga, é quiérome partir mañana; é Dios por la su merced me llegue á tiempo que algo de las honras y mercedes que de vos he recebido vos las pueda servir. » Cuando el Rey esto le oyó fue muy turbado é dijo: « ¡Ay caballero de la Verde Espada! mi verdadero amigo, tomad de mi reino lo que vuestra voluntad fuere, así del mando como de interese, é no vos vea apartar de mi compañía. — Señor, dijo él, creído tengo ya que conociendo el deseo que yo tengo de vos, que así me haríades la honra é la merced; pero no es en mí mas ni puedo sosegar fasta que mi corazón sea en aquella parte donde siempre el pensamiento tiene. » El Rey, viendo su determinada voluntad, é teniéndole por tan sosegado é cierto en sus cosas, que por ninguna guisa de aquel propósito sería mudado, díjole con semblante muy triste: « Mi leal amigo, pues que así os dos cosas vos ruego: la una, que siempre de mí y deste mi reino se os acuerde en vuestras necesidades, si vos ocurriren; é la otra, que mañana oyais misa conmigo, que os quiero hablar. — Señor, dijo él, esta palabra que me dais yo la recibo para se me acordar della si el caso lo ofreciere; é mañana armado y de camino estaré con vos en la misa. » Esa noche mandó el caballero de la Verde Espada á Candalin que le aderezase todo lo que era menester, que otro dia de mañana se quería partir, é así fué por él fecho.

Aquella noche no pudo él dormir, porque así como el trabajo del cuerpo se le había apartado, así el del espíritu, fallando mayor entrada, con grandes cuitas é mortales deseos que de su señora le venían le daba muy mayor fatiga. E venida la mañana, habiendo mucho llorado, se levantó, é armándose de sus armas, cabalgando en su caballo, é Gandalin y el Enano en sus palafrenes, llevando las cosas necesarias al camino, se fué á la capilla del Rey, é fallólo que atendía; pues allí oída la misa, el Rey mandando salir á todos fuera, con él solo quedando, le dijo: « Mi grande amigo, demándovos un don que me otorgueis, y no será en estorbo de vuestro camino ni de vuestra honra. — Así lo tengo yo, dijo él; que vos, Señor, lo pediréis, segun vuestra gran virtud, é yo vos lo otorgo. — Pues, mi buen amigo, dijo el Rey, mándovos que me digais vuestro nombre é cuyo fijo sois, y creed que por mí será encubierto fasta que por vos sea divulgado. » El caballero de la Verde Espada estuvo una pieza que no fabló, pesándole de lo que prometiera, é díjole: « Señor, si á la vuestra merced plaguere dejarse desta pregunta, pues que no le tiene pro. — Mi buen amigo, dijo él, no dudeis de me lo decir; que, como por vos, por mí será guardado. » Él le dijo: « Pues que así vos place, aunque por mi voluntad no sea, sabed que yo soy aquel Amadís de Gaula, hijo del rey Perion, del que el otro dia fablastes en el concierto de la batalla. » El Rey le dijo: « ¡Ay caballero bienaventurado, de muy alto linaje! bendita fué la hora en que fuistes engendrado, que tanta honra

é provecho hobieron por vos vuestro padre é madre é todo vuestro linaje, é despues los que no lo somos; é habeisme fecho muy alegre en me lo decir, é fio en Dios que será por vuestro bien, é causa de pagar yo algo de las grandes deudas que vos debo. » E como quiera que este rey aquello mas con buena voluntad lo dijo que por otra necesidad que él sopiese tener aquel caballero, así se cumplió adelante en dos maneras: la una, que fizo escribir todas las cosas que en armas por aquellas tierras pasó; é la otra, que le fué muy buen ayudador con su fijo y gentes de su reino en un gran menester en que se vió, como adelante en el libro cuarto se dirá.

Esto así fecho, cabalgó en su caballo y despidióse del Rey, faciéndole quedar, que con él salir quería. Saliendo con él Grasandor y el conde Galtines é muchos hombres buenos, se puso en el camino con intencion de andar por las insolas de Romanía é probarse en las aventuras que en ellas fallase; é cuanto media legua de la villa, tornándose aquellos caballeros, le encomendaron á Dios, y él siguió su camino.

CAPITULO IX.

Cómo el rey Lisuarte salió á caza con la Reina é sus hijas, acompañado bien de caballeros, y se fué á la montaña donde tenia la ermita aquel santo hombre Nasciano, donde halló un muy apuesto doncel con una extraña aventura, el cual era hijo de Oriana y de Amadís, é fué por él muy bien tratado sin conocerle.

Por dar descanso el rey Lisuarte á su persona é placer á sus caballeros, acordó de se ir á caza á la floresta, y llevar consigo á la Reina é sus hijas é á todas sus dueñas é doncellas, é mandó que las tiendas le asentasen á la fuente de las Siete Hayas, que era lugar muy sabroso; é sabed que esta era la floresta donde el ermitaño Nasciano (1) moraba, donde criaba é tenia consigo á Esplandian. Pues allí llegado el Rey é la Reina con su compañía, quedando la Reina en las tiendas, el Rey metióse con sus cazadores á lo mas espeso del monte, é como la tierra guardada era, hicieron gran caza; é así, acaeció que estando el Rey en su armada, vió salir un ciervo muy cansado, é pensándolo matar, corrió tras él en su caballo fasta entrar en el valle, é allí acaeció una cosa extraña, que vió descender por la cuesta de la otra parte un doncel de hasta seis ó siete años, el mas fermoso que él nunca vió, é traía una leona en una trailla, é como vió el ciervo, echóla, dando voces que le tomase. La leona fué cuanto mas pudo, é alcanzándolo, derribólo en el suelo, é comenzó á beberle la sangre, é llegó el doncel muy alegre, é luego otro mozo poco mayor, que venía tras él, é llegaron al ciervo, haciendo gran alegría, é sacando sus cuchillos, cortaron por donde la leona comiese. El Rey estuvo entre unas matas, maravillado de aquello que veía, y el caballo se le espantaba de la leona, é no podía llegar á ellos, y el hermoso doncel tocó una bocina pequeña que traía á su cuello, é vinieron corriendo dos sabuesos, el uno amarillo y el otro negro, y encarnáronlos

(1) El nombre de este ermitaño se halla escrito unas veces Nasciano, otras Nasciano: hemos adoptado la primera lección, por encontrarse en ediciones mas antiguas y autorizadas de este libro.